

MEDICINA & HISTORIA

Nº 4
2008
CUARTA ÉPOCA

REVISTA DE ESTUDIOS
HISTÓRICOS DE LAS
CIENCIAS MÉDICAS
Publicación trimestral
Fundada en 1964

Fundación Uriach 1838
Centro de Documentación
de Historia de la Medicina

Polígono Industrial
Riera de Caldes
Avda. Camí Reial 51-57
08184 Palau-solità i
Plegamans
(Barcelona-España)
www.fu1838.org
fundación-historia@uriach.com

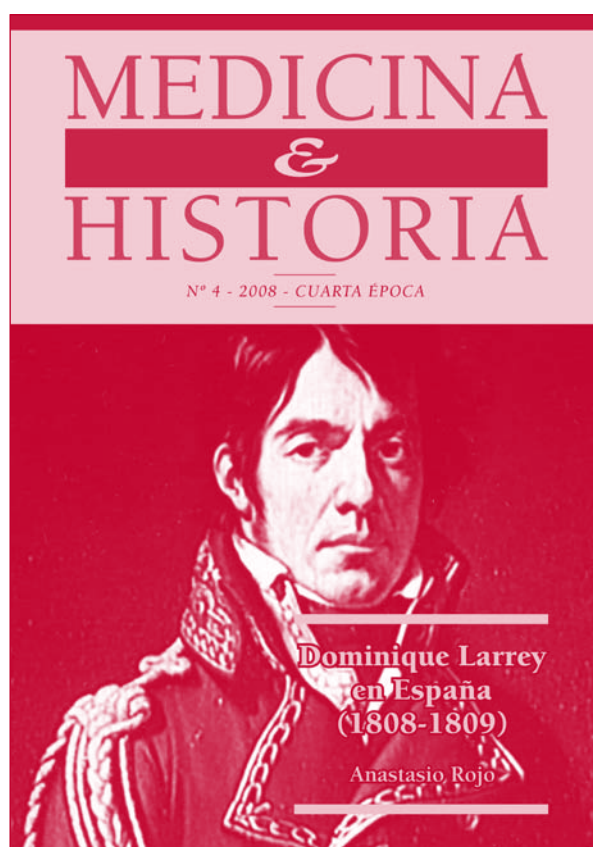
Director:
Dr. Juan Uriach Marsal

Secretario de Redacción:
Dr. José Danón Bretós

Soporte Válido con la
Ref. SVR nº 479
Dep. legal: B.27541-1963
ISSN: 0300-8169

© de la edición.
Fundación Uriach 1838
Reservados todos los
derechos.
El contenido de la presente
publicación no puede ser
reproducido, ni transmitido
por ningún procedimiento
electrónico o mecánico,
grabación magnética, ni
registrado por ningún
sistema de recuperación de
información, en ninguna
forma, ni por algún medio,
sin la previa autorización
por escrito del titular de los
derechos de explotación de
la misma.

MEDICINA & HISTORIA



Dominique Larrey en España (1808-1809)

Anastasio Rojo
Universidad de Valladolid

Dominique Larrey nació el 8 de julio de 1766 en Baudéan, Hautes Pyrenées, hijo de un cordonero. Huérfano a los 13 años, en 1780 comenzó el aprendizaje de la carrera médico-quirúrgica con su tío Alexis, cirujano jefe del hospital Saint Joseph de la Grave de Toulouse.

Asistente de anatomía de Jean-Jacques Frizac, en 1785 obtuvo el primer premio del hospital mencionado y el título de alumno-profesor en dicha disciplina, desarrollando un primer trabajo de investigación sobre la caries ósea. En 1787 caminó a Brest —a pie— para presentarse a las oposiciones de cirujano mayor de la marina francesa, obteniendo puesto en ella. Le fue asignada la fragata La Vigilante, encargada de proteger la campaña de pesca de bacalao en Terranova, y esperando su partida aprovechó para mejorar sus conocimientos junto a Duret.

Vuelto de tierras canadienses, optó por instalarse en París, donde pudo aprovecharse de las enseñanzas de Desault en el Hôtel-Dieu, gracias a una carta de recomendación de su tío. En la ciudad del Sena obtuvo el primer puesto por oposición de ayudante mayor del Hospital de los Inválidos, sin embargo su inclinación hacia los movimientos contestatarios y sus simpatías por quienes estaban preparando la Revolución, hicieron que no le fuese concedida la plaza, viéndose obligado a ganarse la vida con clases particulares de anatomía y obstetricia.

En 1792, instaurada de Primera República, fue llamado para Ayudante mayor del ejército del Rin, asistiendo con él a su primera batalla, Spira, donde, al parecer, se le

ocurrió la idea que le ha hecho pasar a la historia: la ambulancia volante.

Según unos la inspiración le llegó en la mencionada Spira (septiembre 1792): “El terrible espectáculo del campo de batalla golpeó vivamente el alma ardorosa del joven Larrey, y su imaginación fue dominada por la deplorable fatalidad que privaba a la patria de tantos miles de hombres, que morían de sus heridas faltos de las operaciones que necesitaban, al no poderse acudir con prontitud a su curación y a detener sus hemorragias. En la toma de Spira y en la de Mayences, esta verdad se presentó ante él con todo su horror. Fue entonces cuando el genio de la humanidad le inspiró la creación de las ambulancias volantes”¹.

Según otros fue en Estrasburgo (abril 1792): “Las ambulancias² estaban a una legua de distancia de los hospitales y acabada la batalla encontraban en sus movimientos miles de obstáculos, de manera que transcurrían 24-36 horas hasta que el herido recibía algún socorro... concibió [entonces] la idea de una ambulancia tan ligera, tan móvil, tan rápida como la artillería volante”³.

Schaile, quedándose con lo fundamental, lo encumbra por su invento: “Hasta entonces los soldados heridos no eran sacados del campo de batalla hasta después del combate y no eran curados hasta su llegada a los hospitales establecidos en las cercanías, adonde, en gran número, llegaban ya sin posibilidades de salvarse. Esta ingeniosa innovación... que todos los ejércitos de Europa se apresuraron a copiar, permitió a los cirujanos militares



Larrey en el campo de batalla

socorrer a los soldados en el mismo momento de ser heridos”⁴.

A partir de 1792 su presencia en los ejércitos franceses de las etapas revolucionaria y napoleónica fue constante: Córcega (1794), Italia (1796-1797), Egipto (1798-1801), Siria (1799), Danubio (1805), Ulm, Austerlitz, Jena (1806), Eylau, Friedland (1807), España, con el 2 de mayo; Rusia... hasta Waterloo —18 de junio de 1815—, donde fue herido y hecho prisionero. De Valladolid —lugar donde se redacta esta monografía—, salió enfermo de tifus, para retornar a París totalmente agotado, el 4 de abril de 1809.

En 1815 regresó nuevamente a la capital gala, privado de empleo y sueldo hasta 1818, fecha en que le fue devuelta la pensión por “28 años de servicio, 25 campañas, 60 batallas, 400 combates y muchos sitios de plazas fuertes”. Tenía 49 años y había sido Cirujano mayor de los navíos del estado, cirujano jefe del ejército, profesor del hospital militar de instrucción de Val-de-Grâce, cirujano jefe del hospital de la guardia de los cónsules, inspector general del servicio de salud y cirujano jefe de la guardia imperial.

Jubilado en 1838, a los 72 años; oficial de la Legión de Honor, miembro de la Académie Royale de Médecine, del Institut de France, de la Société Philomatique, del Institut d’Egypte, de la Académie des Sciences... en sus últimos días parece haber tenido algún desarreglo mental —“saltos de humor”—, que aconsejó a sus mentores alejarlo de París, encomendándole misiones en el Sur de Francia, Italia, Países Bajos y Argelia. Regresando de una inspección a los hospitales argelinos, falleció el 25 de Julio de 1842.

Napoleón le recordó en su testamento como “el virtuoso Larrey”: “Lego al cirujano jefe Larrey 100.000 francos. Es el hombre más virtuoso que he conocido”, y su nombre figura en el Arco de Triunfo junto a los de Percy y Desgenettes.

¹ *Biographie nouvelle des contemporains*, vol. 2, París. Emile Babent, 1823; pag. 52.

² Las ambulancias anteriores a las volantes de Larrey, que no comenzaban su labor hasta concluidos los combates.

³ *Nouvelle biographie générale*, vol. 21, París: Fermin Didot, 1862; pags. 686-696.

⁴ *Les médecins de Paris*, París, 1845, pags. 394-397.

Méritos

Se le considera un innovador, un “inventor”, por las mencionadas ambulancias volantes, del socorro de urgencia consistente en curar a los heridos allí donde habían caído; y por la enseñanza de la Cirugía Militar allá donde llegaba –por ejemplo en Madrid–. En la biografía de Fresquet mencionada en las notas a pie de página, puede conocerse lo básico sobre la Enfermedad de Larrey, el signo de Larrey, la amputación de Larrey y la operación de Larrey. Cuando Legouest publicó su *Traité de chirurgie d'armée*⁵, a la hora de escribir en el *Avant-propos* sus fuentes de inspiración, no dudó en mencionar a los dos Larrey, padre e hijo, junto con Percy, Dupuytren, Malgaigne, Bégin y algunos otros⁶ –“A las observaciones y a las relaciones de los A. Paré, de los Percy, Larrey, Desgenettes y Broussais debemos los progresos de la medicina y de la cirugía en la práctica de los campos de batalla”⁷. De Larrey padre, al tratar del *Fonctionnement des ambulances* recoge la siguiente máxima: “Es preciso siempre, siguiendo el precepto dado por Larrey e inspirado por un sentimiento de alta y firme caridad, comenzar por los más peligrosamente heridos, sin hacer caso ni de rangos ni de distinciones”⁸. En la historiografía médica gala es frecuente verlo mencionado como el “segundo Paré”.

Bibliografía⁹

Dissertations sur les amputations des membres à la suite des coups de feu (1803).
Mémoire sur l'amputation des membres à la suite de coups de

feu, étayé de plusieurs observations (1808)

Mémoires de chirurgie militaire et campagnes (1812-1817)

Recueil de mémoires de chirurgie (1821)

Considérations sur la fièvre jaune. (1821); 2º ed. (1822)

Relation historique et chirurgicale de l'expédition del'armée d'Orient, en Egypte et en Syrie (1823)

Mémoire sur une nouvelle manière de réduire ou de traiter les fractures des membres compliquées de plaie (1825)

Discours prononcé sur la tombe de M. Pelleta le 28 septembre 1829 (1829).

Clinique chirurgicale (1829-1836)

Mémoire sur le cholera-morbus (1831)

Notice sur le choléra qui a régné dans les ports de la Méditerranée et dans la Provence (1835)

Relation médicale des campagnes et voyages de 1815 à 1840,

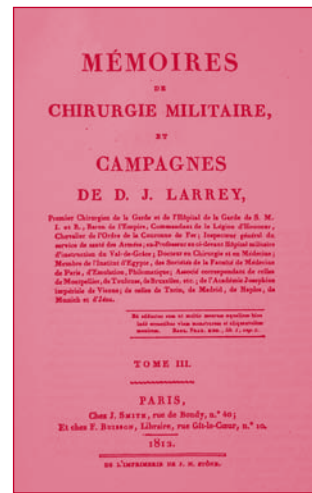
suivi de notices sur les fractures des membres pelviens, sur la constitution physique des arabes, et d'une statistique chirurgicale des officiers généraux blessés dans les combats et pansés sur les champs de bataille (1841)¹⁰.

Larrey en Madrid (Primera estancia)

Larrey estuvo en España dos veces, la primera participando en la guerra de nuestro país contra la Revolución y la segunda al comienzo de la de la Independencia. La campaña de 1808 la inició en París el 11 de febrero, en compañía de su discípulo Frizac. Para entonces era ya una celebridad, recibida como tal en todas partes; así al llegar a Toulouse, el 17, se vio forzado a exponer las teorías de Gall a los alumnos de la Facultad, “a pesar de la repug-



Cirujanoss acudiendo al campo de batalla



Memorias de Larrey

nancia que me daba hablar de este sistema en una ciudad donde las ideas religiosas, que la han dominado siempre, debían inspirar el alejamiento de esta nueva doctrina”; un sistema que asumía “pero con algunas modificaciones”¹¹. En agradecimiento, la Academia de Ciencias tolosana le hizo Socio Correspondiente. De Toulouse marchó a su pueblo natal, junto a Tarbes, a abrazar a su madre, y de él a Bayona, donde el 5 de marzo se presentó ante el príncipe Joaquín Murat, capitán general de las fuerzas que iban a entrar en España, para mostrarle sus credenciales como Director de Sanidad de su ejército y de Inspector de los Hospitales de Línea entre Bayona y Madrid. Su entrada en la península tuvo efecto el 8 de marzo de 1808¹²

Un contingente se les había adelantado abriendo camino, por ello el mencionado título de Inspector de Hospitales entre Bayona y Madrid que le adornaba. Los encontró establecidos en Tolosa de Guipuzcoa, Vitoria y Miranda de Ebro; establecimientos

⁵ París: J.B. Baillière et fils, 1863.

⁶ *Ibidem*, pag. VII.

⁷ *Ibidem*, pag. 989.

⁸ *Ibidem*, pag. 987.

⁹ Libros y monografías.

¹⁰ Para la Biografía: *Biographie nouvelle des contemporains*, vol. 2, París. Émile Babent, 1823; pag. 47-52; *Biographie universelle ou Dictionnaire historique des hommes qui se son fait un nom*, vol. 5, París: J. Leoroy, Jouby et cie, 1849, pag. 146; Fresquet Febrer, J.L. *Dominique Jean Larrey (1766-1842)*. www.historiadelamedicina.org; *La France littéraire, ou dictionnaire bibliographique des savants...* vol. 4, París: Fermin Didot frères, 1830, pags. 579-580; Leclerc, D. et als. *Biographie médicale par ordre chronologique*, vol. 2, París: Adolphe De la Hays, 1855, pags. 837-844; Mullié, M.C. *Biographie des célébrités militaires des armées de terre et de mer de 1789 a 1850*, vol. 2, París: Poignavet et cie, s.a.; pags. 181-183; *Nouvelle biographie générale*, vol. 21, París. Fermin Didot, 1862, 686-696; Schaile, C. *Les médecins de Paris joués par leurs oeuvres*. París, 1845, pags. 394-397; Vayre, P., Ferrandis, J.J. “Dominique Larrey (1776-1842), Chirurgien militaire – Baron d'Empire. Des misères des batailles aux ors des palais”. *e-memoires de l'Académie Nationale de Chirurgie*. 2004, 3 (1): 37-46.

¹¹ *Memoires de Chirurgie Militaire, et Campagnes de D.J. Larrey*, tome III, París: J. Smith; 1812; pag. 116.

¹² *La France littéraire, ou dictionnaire bibliographique des savants...* vol. 4, París: Fermin Didot frères, 1830; pag. 579.

provisionales “donde las tropas que nos precedían habían dejado ya un cierto número de enfermos”¹³. Visitó a continuación el de Burgos, ciudad donde supo del motín de Aranjuez y vio su primera corrida de toros, partiendo desde allí, el 1 de abril, hacia Madrid, con etapas en Lerma, Aranda, Boceguillas, Somosierra y Buitrago. En todos los puntos citados existían “hospitales o depósitos de ambulancia para recibir a los enfermos de las tropas de paso”¹⁴. En la capital del reino recibió del Intendente General unas instrucciones del Ministro francés por las quedaba encargado de la Sanidad de la fuerza expedicionaria y en especial de la Guardia Imperial. Apoyado en ellas, reformó en lo que pudo el gran Hospital General madrileño¹⁵ y pidió se ejecutasen obras de reordenación e higienización del mismo, sobre todo en lo relativo a letrinas y almacenamiento de agua: “los enfermeros se ven obligados a bajar varias veces al día los orinales a una especie de fosa practicada en el sótano del hospital, lo que es muy incómodo e insalubre”. A la espera de que la acometida de aguas por él aconsejada se ejecutase tal y como deseaba, Larrey gastó su tiempo en Madrid en reuniones científicas y de consulta con el Comité que había formado con sus subordinados Frizac, Bardol, Taillefer, Talabere¹⁶ y el farmacéutico jefe Laubert, y en impartir clases para todos aquellos que quisieran recibirlas: “Establecimos, por el gran número de los que podían reunirse en el cuartel general de Madrid –officiers de santé–, una Escuela de Cirugía y de Medicina Militar. Cada uno de los miembros del

Comité enseñaba en ella una parte del Arte”¹⁷. También disfrutó recorriendo el Jardín Botánico –“he encontrado en él, con gran placer, la *mimosa nilotica*, el cedro del Líbano...”–, el observatorio astronómico, “que encierra uno de los mayores telescopios conocidos”, el Gabinete de Historia Natural, “se ve allí el esqueleto del famoso *mammout*. He hecho una descripción exacta que he enviado, junto con su dibujo, al profesor Cuvier”, etc. Pero no había llegado allí en viaje de placer. El Intendente General le ordenó erigir nuevos hospitales en las distintas poblaciones de importancia por las que se extendía el ejército francés en doce leguas –unos sesenta kilómetros– a la redonda de Madrid, y en virtud del mandamiento viajó a Alcalá, a la que consideró población sana, y a Aranjuez, foco de malas fiebres en su opinión, antes de que los sucesos del 2 de mayo le obligasen a regresar a la carrera a la capital. Su retorno precipitado –“varios sucesos habían sobrevenido ya en los pueblos por donde había pasado. Estos motivos me hicieron terminar mi inspección”– no pudo ser más oportuno –“llegué a Madrid el día mismo de la revuelta (2 mayo) a las once de la mañana. Era el momento más peligroso; los disparos de fusil y los cañonazos se dejaban oír por todas partes”¹⁸–. Corrió al hospital junto con Frizac y Fabar, cirujano de artillería que había encontrado en la calle, y en el caserón se hizo fuerte, trancando puertas y ventanas, armando con fusiles al personal sanitario y a los enfermos que podían sostenerlos, y poniendo bajo prisión a los enfer-

meros españoles sublevados, que habían llegado a maltratar seriamente al doctor médico Houneau. Por lo demás, “algunos disparos de fusil que hicimos desde las ventanas y por debajo de las puertas, disuadieron a los revoltosos que se habían acercado”¹⁹.

No pasó mucho hasta que recibieron heridos de la calle, franceses y españoles, “El número fue creciendo rápidamente y antes de la noche nos habían llegado cerca de trescientos, setenta de ellos pertenecientes a la Guardia Imperial”.

¿Lesiones que presentaban? Mayoritariamente sablazos en la cabeza, que dividían en dos el cráneo –seguramente españoles víctimas de los mameucos–, y heridas penetrantes en el pecho y en el bajo vientre –seguramente franceses acuchillados por los majos–, acreditando la veracidad de las pinturas de Goya.

¿Cuántos del uno y del otro bando murieron en la calle aquel día? Larrey nada dice, pero sí de la mortandad que siguió a las curas practicadas en el hospital. Según él fueron las lluvias tormentosas y los calores los culpables de la hecatombe, el caso es que, repentinamente, se manifestó una epidemia generalizada de gangrena, que afectó principalmente a los heridos de los pisos bajos, matando a la mayoría: “Casi todos los que estaban afectados de heridas en las grandes articulaciones y de fracturas en las piernas, perecieron por esta complicación”.

Afortunadamente para nuestro cirujano, los puestos especialmente bajo su custodia se salvaron: “Fui muy afortunado, previniéndola [la gangrena hospitalaria] en nuestros soldados de la Guardia, por

haberlos hecho colocar en el tercer piso”²⁰.

Un informe del Mariscal de Grouchy sobre el levantamiento del 2 de mayo hace también alguna alusión al papel jugado durante el mismo por el hospital gobernado por Larrey.

Es una relación larga y enjundiosa: “Señor, tengo el honor de dar cuenta a Vuestra Alteza Imperial de que una insurrección general a estallado ayer en Madrid, hacia las diez de la mañana. El pretexto ha sido la salida del infante don Francisco. El pueblo se ha dirigido primeramente a palacio y después ha llenado todas las plazas, principalmente la Plaza Mayor y las de la Puerta del Sol y de la Cebada; disparos de fusil y puñaladas han seguido a las amenazas, y en un instante numerosos franceses han sido inmolados por esta gente bárbara.

A las primeras señales de estos movimientos, he hecho tomar las armas a las tropas estacionadas en El Retiro, montar a caballo a los dragones y enviado a buscar a los coraceros. He organizado dos columnas de ataque, cada una de ellas con un

¹³ *Memoires*, III, pag. 124.

¹⁴ *Ibidem*, pag. 129.

¹⁵ *Ibidem*. Pag. 131, “Este hospital, situado al Nordeste de la villa, al final del Prado, es de hermosa construcción, alto de cuatro pisos, de forma regular, bien dotado de ventanas, bien aireado y de una buena y cómoda distribución interior: puede contener 3.000 enfermos”.

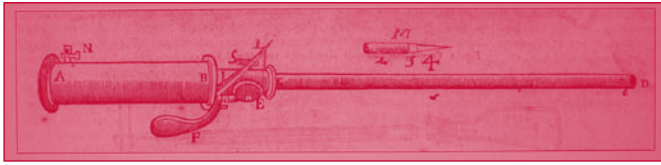
¹⁶ Cirujano principal del Cuerpo de Ejército del mariscal Moncey.

¹⁷ *Memoires*, III, pag. 133.

¹⁸ La narración de los sucesos del 2 de mayo por Larrey ocupa las pags. 138-141.

¹⁹ Todos los párrafos entrecorridos para los que no se da localización proceden de las *Memoires*, III, que vamos citando.

²⁰ La Memoria sobre la gangrena abarca las pags. 141-170.



Fusil de viento

cañón a su cabeza, y desembocando por las calles de Alcalá y San Jerónimo del Prado, donde yo había reunido mis recursos y dejado los cuerpos de reserva, he ordenado atacar simultáneamente la Plaza Mayor y la Puerta del Sol. La Guardia Imperial [el cuerpo puesto a cargo de Larrey], diversas cargas de caballería y algunos cañones de metralla han dispersado prontamente a los insurgentes, una gran cantidad de los cuales han sido muertos o pasados a sable; pero la evacuación de las calles, y nuestra ocupación de los puntos principales de la villa no conseguían parar la viva fusilada y la granizada de piedras y de tejas que, desde las ventanas y los techos de numerosas casas, nos caían encima, hiriendo a mucha gente...".

El final es bien conocido, según Grouchy "Alrededor de doscientos revoltosos, cogidos con las armas en la mano, han sido fusilados; cuatrocientos o quinientos han perecido en la acción, o han sido muertos a sable en las casas desde donde se hacía fuego".

La referencia al hospital roba heroísmo al cirujano jefe: "Los alborotadores se dirigieron también al hospital, con la intención de masacrar a los dos mil enfermos franceses que en él se encontraban; pero el destacamento que yo había enviado a dicho punto, al primer síntoma de insurrección, rechazó a los alocados, después de haber matado a una quincena de ellos"²¹

El acontecimiento le da motivo para iniciar una de las *Mémoires* que constituyen el libro, la titulada *De la gangrena traumática o determinada por una causa vulnerante*, en la que repasa lo que se sabía y el sabía de la enfermedad y lo que se aconsejaba hacer en su curación y él hacía, juntando experiencias anteriores de sus campañas en Polonia, Elchingen, Austerlitz, Jena, Toulon y Alejandría, a lo defendido por Boucher en la *Academie*, y a lo aprendido directamente de autopsias efectuadas sobre fetos de vaca en los locales de las carnicerías de la tropa.

Fiel a su costumbre, documenta sus afirmaciones con la observación de un caso real, que en esta ocasión, además, nos informa de la identidad de uno de los soldados franceses heridos en el levantamiento popular y del tipo de herida que recibió. Se llamaba Antonie Barre, 18 años, fusilero del primer regimiento de la Guardia Imperial, alcanzado por el proyectil de un arcabuz de viento –fusil à vent²²– en un codo, que tuvo que ser amputado de la extremidad y se libró por los pelos de los estragos del cólico de Madrid.

¿El cólico de Madrid? Así denomina, tomándolo de autores anteriores, a otra de las complicaciones que desafiaron su segunda estancia peninsular.

Llegaba prevenido y atento, seguro de encontrarse antes o después con él: "En llegando a España se nos había pre-

venido de la existencia en ella de algunas enfermedades particulares, que la mayor parte de los médicos y de los habitantes del país pretendían no tener nada que ver con el clima; tal es, por ejemplo, el cólico de Madrid". Una enfermedad por culpa de la cual 2.250 de los 32.000 hombres de la *Armée* estaban fuera de combate poco antes del levantamiento del 2 de mayo, en abril del 1808²³.

Larrey conocía de antemano las opiniones dadas sobre el proceso por el doctor Thiery, francés, incluidas entre los resultados de sus investigaciones sobre el clima madrileño²⁴, y las muy diferentes expresadas por Ruiz de Luzuriaga, en la Real Academia de Medicina de la propia Madrid²⁵, y compartidas por la mayor parte de los médicos españoles. Echando mano de unas, de otras y de sus propias experiencias, extrajo conclusiones personales, de las que trató de obtener beneficios que redundasen en la curación de sus compatriotas, enfermos y muertos por la enfermedad en gran número. Incluso Murat temió por su vida. Príncipe escribe²⁶: "Murat se hallaba gravemente enfermo desde primeros de junio; y su dolencia, atribuida por los franceses a envenenamiento, y por los españoles a castigo de Dios como justo retorno de las atrocidades cometidas el 2 de mayo, se reducía al llamado cólico de Madrid, el cual hizo bastantes estragos en los hospitales del ejército francés durante el verano de 1808".

Aprender aprovechando la oportunidad era su lema y así, junto con el doctor l'Herminier y otros, hizo también la anatomía patológica de varios cadáveres: de

"tres soldados de línea y de la Guardia Imperial que, después de varias recaídas del cólico de Madrid, han sucumbido a esta enfermedad" y de un palafrenero de las cuadras reales.

¿Cuál era la causa real de aquel padecimiento? ¿Las aguas, los aires y el lugar, o ciertas sustancias metálicas, como quería Luzuriaga y pensaban los médicos hispanos?. Larrey sopesó una por una todas las posibilidades que pudo imaginar²⁷. ¿El uso de recipientes de cobre o gres barnizado? "La gente del pueblo, que conoce dicho peligro, como los soldados, sabe que antes de emplear dichos recipientes hay que lavarlos con vinagre o hervir algo en ellos y dejarlos largo tiempo llenos de agua saturada de alguna sustancia ácida; es lo que hacen los habitantes de Madrid, pues los que los venden no dejan de recomendar que se tome esta precaución antes de servirse de ellos".

²¹ Grouchy, M. de. *Mémoires du Marechal de Grouchy*. Vol. 2, Paris: E. Dentu, 1873; pag. 383.

²² Lo presenta y representa David Rivault de Florence en sus *Éléments de l'artillerie*. Paris, 1605.

²³ *La France littéraire, ou dictionnaire bibliographique des savants...* vol. 4, Paris: Fermin Didot frères, 1830; pag. 579.

²⁴ *Observations de physique et de medecine faites en différents lieux de l'Espagne; on y a joint des Considérations sur la lèpre, la petite vérole et la maladie vénérienne*. 2 vols. Paris: Garney; 1791.

²⁵ *Disertación médica sobre el cólico de Madrid inserta en las Memorias de la Real Academia Médica de Madrid; y publicada separadamente de orden de la misma en beneficio común: por el Doctor Don Ignacio Maria Ruiz de Luzuriaga...* Madrid: Imprenta Real; 1796; entre los trabajos modernos, José Manuel Pradillo Moreno, "Cólico de Madrid", *Anales del Instituto de Estudios Históricos del Sur de Madrid "Jiménez de Gregorio"*, 6 (2006) 111-162.

²⁶ *La Guerra de la Independencia*, pags. 223-224.

²⁷ pags. 170 a 232 de las *Memorias*, III.



Cirujano mayor de la Guardi Imperial

Así, la teoría de los recipientes metálicos, la de los metales de Ruiz de Luzuriaga, no le satisfacía en absoluto: “Los generales, los oficiales superiores y otras personas del ejército, que con seguridad no han hecho jamás uso de dichos recipientes, han sido, en proporción, más afectados que los soldados”. Iten más: “Los médicos franceses que, como yo, han habitado bastante largo tiempo y en diferentes estaciones las ciudades de Burgos, Miranda y Vitoria, jamás han visto declararse esta especie de cólico en dichas comarcas”.

No solamente eso, “me he cerciorado, por el examen que he hecho de las baterías de cocina de muchos habitantes de Madrid de todas clases, que tienen la sabia costumbre de hacer estañar frecuentemente sus vasijas de cobre; luego no debe temerse el verde-gris u óxido de cobre”.

¿Vino adulterado con litargirio —óxido de plomo— como el preparado en Francia por ciertos mercaderes sin escrúpulos, para endulzar engañosamente sus caldos? En España no tenía sentido tal práctica, “porque los vinos, mucho más dulces que los de Francia, se agrian con dificultad”;

una opinión fundamentada, además, en el análisis científico: “El que M. Laubert, farmacéutico jefe del ejército, nos ha hecho de varios vinos comprados al azar en diferentes tabernas de Madrid, no ha reflejado sustancias metálicas”; además, que la costumbre española era transportar dicha bebida en odres, y ninguna sustancia mineral mala sana podría esperarse que se desprendiese de ellos.

¿El chocolate, que los españoles consumían en tantísima cantidad? Descartado, porque los soldados franceses atacados de cólico no tenían esos gustos y, por tanto, no lo habían tomado.

¿El puro y simple agua de Madrid? ¿Por ser las tuberías que la conducían de plomo o por ser esencialmente mala? La primera posibilidad no resistía la menor sospecha: las conducciones de agua de la capital española eran casi todas de cerámica, muy pocas eran las que podían encontrarse de metal; la segunda tampoco podía admitirse: el agua de la villa era excelente.

¿Entonces qué? Cualquiera otra causa menos el envenenamiento metálico sustentado por Luzuriaga²⁸, inclinándose Larrey, a partir de aquí,

por Thiery y su teoría climatológica, presentada ante la Academia Francesa. ¿No reina un cólico semejante al de Madrid, en primavera, en la regiones más meridionales del mundo y particularmente en Surinam?.

Según el cirujano militar, los cambios de temperatura, más que ningún otro factor, eran los responsables del cuadro: “Durante nuestros primeros meses de estancia en Madrid, los cólicos han sido más vivos y mucho más frecuentes que a fines de Junio y Julio, porque los soldados, estando acampados en tiendas bajas y claras, no podían abrigarse del calor del día ni del aire frío de la noche, y porque cometían la imprudencia de bañarse en el Manzanares nada más acabar de hacer sus ejercicios”. Cólicos que tampoco habían respetado a los soldados acuartelados en edificios de la villa por la misma razón: “porque pasaban las noches en armas, sin capote y sufriendo el aire glacial”. El abuso de los vinos locales ayudaba a hacer la afección más peligrosa, ya que, como se verá en un capítulo posterior, eran “muy perniciosos para las personas no aclimatadas”.

En definitiva, que, según Larrey, nada de metales, sino calores, fríos y grandes diferencias de temperaturas entre el día y la noche, como lo demostraba a las claras el hecho de que los españoles que habían abandonado la capa, para vestirse a la francesa, fueran atacados por la enfermedad de igual manera y con la misma gravedad que sus queridos soldados; una enfermedad, a mayores, preferentemente primaveral y que afectaba en mayor proporción a los no aclimatados que a los indígenas.

Consejos contra el Cólico de España

Habiendo descubierto la causa, según creía, Larrey trató de establecer un régimen preservativo lógico —tanto como las medidas terapéuticas que enumera en la Memoria— que sirviese para alejar a sus soldados de la Guardia Imperial del maleficio.

Una especie de “decálogo” que debió ser trasladado a papel y repartido entre el personal sanitario al servicio de Murat, estableciendo:

1º. Mientras un francés esté en Madrid, deberá tener cuidado de no exponerse desabrigado a la caída de la tarde, ni por la noche al aire frío, vivo y seco, que a tales horas circula por la villa.

2º. En segundo lugar, deberá facilitar la sudoración del cuerpo y procurar que ésta no quede detenida por la falta de aseo, observando la más exquisita limpieza y manteniendo los poros abiertos mediante la frecuente aplicación de lociones de jabón sobre la piel.

3º. No dejará de estar bien provisto de vestidos de abrigo, para cubrirse con ellos por la tarde y por la noche. El manto y el capote son las prendas aconsejadas, porque pueden llevarse abiertos durante el día, para recibir el frescor del aire al tiempo que cubren de los rigores del Sol, y por la noche ponerse envolviendo el cuerpo de una manera rápida, fácil y cómoda: “Así se justifica el empleo del manto en la costumbre griega y romana, en España y entre las naciones don-

²⁸ De las causas ocasionales del cólico de Madrid, pag. 35 de su *Disertación*.

de la experiencia a conservar su útil uso”.

4°. Se evitarán los baños en los ríos cuando los cursos estén próximos a las fuentes, porque entonces el agua, extremadamente fría, corta la transpiración y produce en la piel una sensación particular que puede transformarse en irritabilidad que altere diversas funciones fisiológicas.

5°. Deberá ser, también, muy reservado en las relaciones sexuales, tanto más cuanto en las regiones cálidas las mujeres pueden parecer sanas siendo portadoras de una sífilis latente, incluso es posible que ignoren que están contaminadas por el mal venéreo. Una no manifestación de la enfermedad de transmisión sexual que nunca se produce en climas fríos y templados.

6°. Se debe comer poca carne y, en cambio, muchas leguminosas —¿lo dijo porque los españoles, resistentes al cólico, apenas comían otra cosa que garbanzos?— y alimentos ligeros. Beber poco vino del país y tomar tanto café después de cenar como sea posible, evitando al máximo los licores. Eso sí, al atardecer, el gran cirujano consiente permitir algún helado o limonada helada, aunque nunca con el estómago en situación de ayuno, ni inmediatamente después de una comida.

7°. Los soldados comerán dos veces al día, sobre todo patatas, alubias y garbanzos “muy comunes en España”.

8°. No beberán vino puro y procurarán especiar algo sus alimentos: la canela, la pimienta, el ajo y la cebolla son muy buenos como mantenimiento y saludables en las regiones calurosas.

9°. Las frutas, exceptuadas las uvas, son por lo general ma-

las en España y desarreglan casi todas las funciones intestinales.

10°. La bebida más agradable y saludable para el soldado es el agua avinagrada, “la *posca* de los romanos”. La limonada es igualmente buena, pero debe ser hervida si no se encuentra agua buena.

11°. Finalmente, el soldado deberá estar provisto de un buen capote para cubrirse por la noche, evitará acostarse sobre tierra húmeda y hará ejercicio moderado durante el día.

Pensamientos hechos en buena lógica —en su buena lógica— que no sirvieron ni para que Murat se librase del dichoso cólico, ni para que las tropas desechasen la creencia de que estaban siendo envenenadas por los españoles, como se ha señalado más adelante, citando a Príncipe²⁹.

Pese a que Larrey se jacte —es otra constante de sus escritos— de sus buenos éxitos, es indudable que los estragos entre las tropas francesas fueron grandes; a ellos se refiere Savary: “Estamos perdiendo cuatrocientos hombres por mes, y esto solo en los hospitales... resultando de esto existir muchos batallones, cuyos oficiales no llegaran a cuatro, y cuya caballería ha venido a convertirse en una enfermería general”.

De hecho el dichoso cólico siguió siendo una pesadilla para los sanitarios napoleónicos en toda España y durante toda la contienda. En 1813 un anónimo ambulancista, “un cirujano de las ambulancias”, publicó en el *Journal de Médecine*³⁰ un artículo titulado “Del cólico que reina en España, que ha afectado más particularmente al Sexto cuerpo del Ejército durante su estancia en Galicia”, que comien-

za con un expresivo “El cólico de España, de Madrid, de Galicia, etc...”.

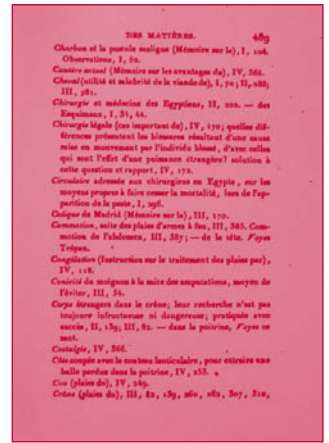
Hacia cinco años que los médicos y cirujanos franceses se enfrentaban a él y aún, pese a Larrey, ni sabían a qué se debía, ni cómo librar de su imperio a las tropas.

El ambulancista referido, cauto, cargado de modestia, presenta ante la erudita Sociedad los datos que ha ido reuniendo, porque entiende que “quizás puedan ser de utilidad a quienes quieran hacer su historia [del cólico] completa”.

Según los habitantes del país, según los españoles, su causas serían variadas: el uso de ácidos, la leche, el agua mezclada con vino, la humedad o el coger frío en el vientre; es decir, lo que desde pequeños hemos oído a nuestras abuelas acerca de cólicos por cortes de digestión motivados por frío en la tripa.

¿Afectados preferentes? todos por igual, de acuerdo con los datos del ambulancista, fuertes y débiles, sanguíneos y flemáticos, coléricos y melancólicos; y curioso que no se diese en países que presentaban las mismas características climáticas y eran vecinos: así se producía en Galicia pero no en el inmediato Portugal.

Tampoco el cuadro era siempre igual. Tras preocuparse largamente por el tema, el recopilador cree poder distinguir entre cólicos simples benignos, en los que el enfermo permanece quieto, con los brazos cruzados y comprimiendo el vientre, el tronco plegado hacia delante... y cólicos malignos complicados con ictericia, en los que “a menudo el enfermo se debilita, cae en el marasmo y muere, si no en la segunda recaída, ordinariamente en la ter-



Cólico de Madrid

cera, en un estado de delgadez extrema”.

¿Terapéutica? Se había intentado todo. Puesto que los enfermos manifestaban deseos de vomitar, vomitivos, que habían producido el agravamiento de los síntomas; la sangría había causado el mismo resultado; los baños no habían hecho efecto y los vesicatorios puestos sobre la zona del dolor no habían dado pruebas de contribuir a la curación.

Dicha falta de resultados impulsó al comunicante anónimo a hacer experimentos por su cuenta en Santiago de Compostela, que son el fundamento de su comunicación al *Journal*. A uno le dio unas gotas de éter sulfúrico “pero los vómitos y los dolores aumentaron”; al siguiente le tocaron diez gotas de láudano de Sydenham y parece que los accidentes se le calmaron. Buena señal.

El tercero en llegar con el cólico recibió diez gotas de láu-

²⁹ Príncipe, Miguel Agustín. *Guerra de la Independencia. Narración histórica de los acontecimientos de aquella época*. Vol. II. Madrid: Imprenta del Siglo; 1846; pags. 223-224.

³⁰ *Journal de Médecine, chirurgie, pharmacie, etc. contenant les travaux de la Société Médicale d'Emulation*, XXVII, Mayo 1813, 12-21.

dano de Sydenham y un grano de opio y poco tiempo después manifestó que se encontraba muy aliviado. La cosa iba mejorando así que a los seis siguientes les correspondieron cuatro granos de opio en cuatro píldoras para cada uno, una cada dos horas. Tomaron la primera a las seis de la tarde y a la visita de la mañana se encontraban llenos de ganas de volver a la vida normal, muy alegres “efecto sin duda del opio”³¹. Una poción purgativa drástica *a posteriori* les limpió las tripas de heces copiosas, negras y duras y cinco de los seis se sintieron completamente curados; el otro volvió a los dolores cólicos.

No había más que experimentar, “Había en el mismo hospital –de Santiago– más de sesenta enfermos afectados del cólico y empleando el mismo sistema en los dos tipos de cólicos –simples y con complicación de ictericia– se obtuvo un éxito idéntico”.

La comunicación prosigue con la presentación de dos nuevas observaciones de casos, el de Eugène Marchand, oficial del 15 de cazadores de a caballo, y el del propio autor de la *Memoria*, que tampoco se salvó de padecer el proceso.

Finaliza el artículo con unas curiosas consideraciones generales en las que se comienza negando la correspondencia entre cólico y envenenamiento con plomo y en las que se asegura que las personas “que hacen uso de licores espirituosos, han estado exentas de esta enfermedad”; más aún, algunos “sintiendo los preludios de la enfermedad por los dolores que la preceden y las dificultades de defecar, la han hecho abortar tomando una fuerte dosis

de aguardiente; otros vino caliente con azúcar. He visto a una persona recurrir cinco veces a este último método y que se ha preservado siempre del cólico”.

Larrey presume en sus *Memoires* de haber dejado España, a comienzos de 1809, sabiendo sobradamente la causa del cólico de Madrid y cómo curarlo. Los médicos franceses que tras él quedaron no se atrevieron a decir lo mismo y tan poco supieron hacer contra él, que, como el ambulancista, hasta lo tuvieron que sufrir en sus propias carnes.

La fiebre del vino

Pero no fue el ‘cólico de Madrid’ el único azote que sorprendió dolorosa y negativamente a los ejércitos de Napoleón. Su estancia peninsular estuvo también marcada por otra extraña dolencia, a la que Larrey dedicó una nueva *Memoria*, titulada *Mémoire sur une fièvre maligne particulière*³².

La redacción de sus recuerdos comienza así: “En medio de estos acontecimientos, sufrimos aún un accidente funesto proveniente de vinos sofisticados procurados en diferentes tabernas de la villa. Como la publicidad de este accidente podría haber llevado la consternación al ejército y comprometido la seguridad de los habitantes de Madrid, me contenté con solicitar al Gobernador General (sin exponerle el verdadero motivo) una orden que prohibiese a los militares entrar en las tabernas bajo pena de castigo severo y a los porteros de los hospitales introducir vino en ellos sin permiso expreso de los oficiales jefes de Sanidad. Habiéndose hecho distribu-

ción de buenos y suficientes vinos, procedentes de bodegas de particulares, la medida propuesta produjo en poco tiempo el efecto que de ella se esperaba”.

¿Qué pasaba con los vinos de Madrid? En Francia los adulteraban echando litargirio, para que no se avinagrasen, pero los análisis del farmacéutico jefe Laubert habían hecho ver que tal práctica no se llevaba a efecto en España. ¿Qué sucedía entonces? Prosigue Larrey: “Antes de hablar de este accidente, enfermedad bastante singular, que yo calificaré con el nombre de *ataxia soporosa*, debo hacer observar que en Madrid, como en todas las grandes ciudades, los vinos son adulterados de diversas maneras: pero, como ya he dicho en mi memoria sobre el cólico, los vinos de España, por contener muchas sustancias gomosas azucaradas, se avinagran difícilmente; así que, en lugar de meter litargirio, como se practica en Francia, los bodegueros de Madrid le añaden agua y diferentes sustancias narcóticas y más o menos excitantes que conserven en ellos –después de haber sido aguados– el gusto y la fuerza que les son característicos cuando están puros y naturales”. Es decir, que en los vendederos sabían contrahacer el agua tan primorosamente, por medio de drogas farmacológicas, que los que la bebían no eran capaces de distinguirla de un buen vino, logrando causar en el cuerpo la somnolencia y la excitación característicos de los Cazallas y Alaejos más puros y finos. Naturalmente, ningún tabernero quiso contarle a Larrey sus trucos para, multiplicando los panes y los peces, hacer de un litro de vino cinco.

Por más curiosidad que mostró, el cirujano francés no pudo conseguir la receta. Probó, olió, midió, pesó y a lo más que llegó, fue a pensar que en la mezcla entraban, cuando menos, guindillas y laurel. Y al tiempo que esto hacía, observó disimuladamente a los españoles, anotando las evidentes diferencias de comportamiento que mostraban con los suyos después de haber bebido de lo mismo y en la misma cantidad. ¿Conclusión?: “Los españoles están habituados a estas clases de vinos y raramente se sienten indispuestos por ellos; por otra parte los beben con agua y fumando sus cigarros”. ¿Y qué importancia podía tener fumar y beber al mismo tiempo?: “El humo del tabaco que tragan con el vino, excitando el estómago y el tubo intestinal, provoca evacuaciones albinas que arrastran fuera y bastante deprisa estas bebidas”.

En suma, que por unas causas o por otras, los soldados franceses eran unos desaclimatados a todo lo que tuviera que ver con España y con Madrid, unos desaclimatados a España: “Nuestros soldados franceses, que bebían sin precaución estos vinos puros, no han podido soportar sus efectos sin inconvenientes; casi todos los que han hecho uso de ellos en más o menos cantidad, han estado enfermos o han muerto. Las primeras

³¹ En nota a pie de página se excusa: “Se encontrará la dosis de opio un poco fuerte: yo, cuando juzgo este medicamento indicado, lo doy en fuerte dosis, y siempre me ha dado buen resultado, principalmente en esta enfermedad”.

³² Le ocupa las pags. 209-232 del vol. III de las *Memoires*.



Franceses y vino

víctimas fueron cuatro fusileros de nuestra Guardia que perecieron casi de golpe y sucesivamente en su cuartel; no hubo ni tiempo de llevarlos al hospital³³.

Si hemos de creer a Larrey, los efectos de los vinos hispanos eran terriblemente perniciosos en muy poca cantidad, así se detiene en el ejemplo de un soldado del tren de artillería que cayó al suelo, sin conocimiento, nada más entrar en el cuartel. Había estado bebiendo en una taberna algunos momentos antes medio litro de vino tinto. Solamente medio litro.

Sí. Tan poca cosa le mandó al día siguiente, 14 de junio de 1808, al hospital, el conocimiento perdido, los ojos abiertos, inmóviles e incapaces de ver; los dientes apretados y los labios azules; la respiración dificultosa y acompañada de un ligero estertor, el pulso normal, las extremidades frías e incontinencia de orina y heces. Ningún remedio le hizo aflojar los dientes ni recuperar el sentido hasta el día siguiente, entonces comenzaron a volverle las facultades y pronunció algunas palabras llenas de profunda tristeza.

Pero fue tan sólo una mejoría aparente, a la que suce-

dió postración total de fuerzas, pulso vermicular, respiración más laboriosa que nunca, palpitaciones convulsivas... Falleció en la noche del 17 al 18.

Es poleado por estas trágicas e inexplicables muertes, Larrey regresó al análisis de los vinos españoles y experimentó con ellos en animales. Un extracto de peso de un escrúpulo³⁴, mató a un gato de 4-5 meses e hizo dormir 24 horas a un gran perro³⁵ francés. Otro español, al que dieron una cantidad semejante de acónito –*Aconitum Napellus*–, apareció muerto a la mañana siguiente.

Las autopsias realizadas en los animales de experimentación mencionados y en soldados, que no dejaban de morir de tan extraña enfermedad, le llevaron a creer firmemente que la causa de fallecimiento era la misma en los unos y en los otros, tanto se tratase de animales como de humanos: drogas narcóticas introducidas en la bebida.

Un drama que alcanzó en el mismo hospital a quienes no hicieron caso de sus prevenciones. Un cazador de a caballo, gravemente herido en el hombro, y un suboficial de la Gendarmerie d'élite, amputados ambos de un brazo, pere-

cieron juntos estando convaleciendo, “tras haber bebido [en buena compañía] un pretendido vino de Alicante que un enfermero les había comprado en una de las tabernas de la villa”.

Ni siquiera se salvó de la falta de aclimatación su querido discípulo Auguste Frizac, quien dejó su vida en España y en el Hospital de San Carlos por culpa de algo que le recordó, otra vez mucho, la *fiebre del vino*: “Aunque –su *maladie*– fue ocasionada por una dosis de opio que había tomado con la intención de hacer cesar un insomnio y por una suerte de inquietud que los acontecimientos y la pérdida de muchos de nuestros camaradas habían causado en él”. Camaradas entre los que tuvo que apuntar, dolorosamente, a Talabere, muerto en el acabado de mencionar San Carlos por culpa de una “fiebre intermitente perniciosa”.

El vino español causaba tantos estragos entre los invasores como los que podría haber causado el opio, aunque Larrey nunca creyó que tras su malignidad hubiese intencionalidad ninguna. Nunca pensó que los españoles quisiesen envenenar a nadie: “Siempre he estado per-

suadido de que los españoles, que son de una gran lealtad, nunca prepararon sus vinos con la intención de envenenar a los franceses, puesto que los naturales del país bebían de lo mismo; del mismo modo que no la pusieron en que prostitutas enfermas tuviesen relaciones sexuales con nosotros, como se llegó a pensar. Si existe un número tan grande de mujeres de ese tipo enfermas en España se debe a defectos de policía en las ciudades y a la ignorancia que la mayor parte de las personas atacadas por la sífilis tienen acerca del verdadero carácter de dicha enfermedad, mucho menos insoportable en estas regiones que en los países fríos”.

Y sin embargo los soldados de a pie no las tenían todas consigo. El capitán Coignet,

³³ Fueron tratados por el Doctor Cain, quien escribió en su informe que los síntomas habían sido los de un envenenamiento narcótico.

³⁴ En España un escrúpulo eran 24 granos y cada grano 5 centigramos, según el *Formulario oficial y magistral internacional* de Jeannel, traducido por los Gómez Pamo; Madrid: Moya y Plaza, 1872; pag. 28; en Francia 20 granos, que hacían poco más de un gramo, de acuerdo con Nysten, *Dictionnaire de médecine, de chirurgie, de pharmacie...* 5ª ed. París: J.S. Chaude, 1833; pag. 826.

³⁵ Un carlin, pag. 216.

en sus memorias, expresa lo que era el sentir común de las tropas y los temores que albergaban antes de entrar en la península: “Dije a mis camaradas: ¡Vamos a España, cuidado con los piojos y con las pulgas! Levantan la paja sobre la que se duerme en los cuarteles y se mueven como hormigas por el suelo! ¡Cuidado tengan nuestros borrachos! El vino del país vuelve loco a quien lo toma; no debe beberse”³⁶.

Un poco más allá, en una nota a pie de la misma página, amplía el comentario: “Es lo que nos sucedió, al cabo de ocho días de estancia en Valladolid: fue preciso dar de comer la sopa a nuestros borrachos, que temblaban tanto que no podían coger la cuchara con sus manos”.

Y sin embargo no dejaron de beber cuanto pudieron. Para los castellanos, gabacho era sinónimo de borracho y por ello a José Bonaparte le llamaron Pepe Botella.

Huida de Madrid (31 de julio de 1808)

Pero de repente llegó a Madrid la noticia de la derrota que Dupont había sufrido en Bailén y todo lo que Larrey había organizado saltó por los aires.

Atemorizados por la posibilidad de un levantamiento general, los franceses prepararon la fuga secretamente y emprendieron la retirada hacia el Norte entre el 30 de Julio y el primero de Agosto de 1808: “La victoria lograda por el mariscal Bessières en Medina de Rioseco, le había franqueado [a José Bonaparte] el camino hacia su capital; entró en ella el 20 de julio, con la mayor pompa. Pe-

ro dicho triunfo fue de corta duración; la noticia del desastre de Bailén llegó a Madrid el 27, y, al día siguiente, se supo que el ejército del general Castaños había alcanzado ya los confines de La Mancha. Entonces José, creyéndose inseguro en Madrid, abandonó la villa, el primero de agosto, después de una residencia de diez días, y vino a fijar su Corte en Vitoria”³⁷.

El General de División y Jefe del Estado Mayor A. Belliard fue el organizador de la fuga secreta de las tropas francesas, tras órdenes cursadas el 29 de julio por el propio rey José: “Haréis partir todas las fuerzas de caballería y de infantería que están en Madrid, dirigiéndolas sobre Burgos... Haréis armar a todos los hombres no pertenecientes al ejército, vayan a pie o a caballo, dando a cada uno quince cartuchos... He escrito al Intendente General para que se ocupe de inmediato de la evacuación de los hospitales. Todos los enfermos que no puedan ser transportados en el momento en el que el ejército se ponga en movimiento serán depositados en la Fábrica de Porcelanas del Retiro. Se dejará con ellos un destacamento suficiente para su guardia, con un comandante inteligente y vigoroso que negocie en favor de los enfermos, cuando la vanguardia del ejército español llegue a Madrid”.

Una epístola posterior, de 30 de julio, se refiere exclusivamente a los enfermos: “Mi querido general, Su Majestad desea que escribáis de inmediato una carta al general Castaños; que le representéis el interés que tenéis por la villa de Madrid, que teméis que algunos malintencionados agiten al pueblo y oca-

sionen desgracias en la capital; que sería deseable que tomase medidas para el mantenimiento de la calma, a partir del momento en que los franceses ya no estén en Madrid; que dejáis enfermos en el hospital que ponéis bajo su protección y abandonáis a su lealtad militar...”³⁸.

La orden de marcha final fue la siguiente: Primeramente doscientos hombres a caballo de la división del general Grouchy, mandados por un jefe de escuadrón a las órdenes del general Musnier, y con ellos cincuenta gendarmes proporcionados por el coronel Mathis.

A continuación: 1º regimiento provisional con dos piezas de artillería, 4º regimiento provisional, bagajes del rey y de su estado mayor, bagaje del mariscal Moncey, bagajes de generales, bagaje del intendente general, bagaje del estado mayor general, parque de artillería, resto de la división Musnier con su artillería, guardia imperial a pie, brigada del general Rey, caballos ligeros del gran duque, el rey, su estado mayor, miembros y criados de la casa real, caballería de la guardia, división Morlot, división Frère.

Retaguardia, gobernada por el general Grouchy: 9º regimiento provisional de la división Morlot, 2º regimiento suizo de la división Frère, mandado por el general Aubèe, dos piezas de artillería, coraceros, dragones, cazadores a caballo, brigada de húsares y cuatro piezas de artillería más.

Todos ellos salieron el 30 de julio, menos Larrey y los suyos, que lo hicieron en la noche del 31 al 1, por la circunstancia que revela el duque de Rovigo de falta de ambulancias y vehículos que pudie-

sen suplir su cometido: “Mi general, no sé por qué los depósitos no partieron ayer, como tenía ordenado; los de infantería siguen en Madrid. La jornada de ayer ha sido perdida por completo por culpa de la evacuación de los hospitales, puesto que no se han podido reunir más que treinta y cinco coches. Si se continúa a este ritmo, tendremos que dejar aquí más de dos mil enfermos”. Es que los españoles habían determinado quemar sus vehículos antes que dejárselos al invasor: “Los campesinos queman las ruedas de sus carros, a fin de no ser obligados a hacernos transportes”³⁹.

Larrey en su versión se coloca, como siempre, en primer término, él fue protagonista: “La falta de medios de transporte y la incertidumbre de encontrar recursos suficientes en el camino de Madrid a Burgos, nos forzaron a dejar una parte de los enfermos en el hospital de Madrid; aunque tuvimos cuidado de asegurarles todos los medios personales y materiales de que pudiesen tener necesidad. Todos los heridos de la Guardia Imperial fueron transportados a Burgos y, sucesivamente, a Vitoria, en los coches de nuestra ambulancia”.

Sus datos ‘estadísticos’, la prueba de su gran eficacia, estos: Desde la inauguración del Hospital de la Guardia en el Hospital General de Ma-

³⁶ *Les cahiers du capitaine Coignet (1799-1815)*. Paris: Hachette et cie, 1883; pag. 229.

³⁷ Belmas, J. *Journaux des sièges faits ou soutenus par les français dans la péninsule, de 1807 a 1814*. vol. 1. Paris: Firmin Didot frères, 1836; pags. 24-25.

³⁸ Grouchy, *op. cit.*, pag 420.

³⁹ *Ibidem*, pag. 429.

drid, hasta dicho día 1, las entradas en dicho establecimiento, comprendidas personas no militares, de las casas del Emperador y del Príncipe, habían sido seiscientas, de las que tan solamente habían muerto diez⁴⁰; tres de ataxia soporosa, un granadero de a pie de una herida de arma blanca en el corazón, un soldado del tren de artillería de varias cuchilladas en el bajo vientre; un cazador de a pie de un disparo en el bajo vientre; un fusilero de disentería; Frizac de fiebre atáxica soporosa y los dos restantes de heridas que no se especifican.

El medicamento que más éxito le procuró en todos los casos, en todas las enfermedades y en todo tiempo, fue la quina en sus tres mejores variedades, cascarilla de Loja, cascarilla Calisaya y cascarilla roja, “que hemos felizmente encontrado en grandes cantidades en las farmacias del rey [de España]... sería deseable que nuestras farmacias estuviesen suficientemente provistas de ella; los enfermos podrían beneficiarse de una curación más rápida y segura”. No fue el único caso en el que los franceses reconocieron una supremacía española, estamos hablando de la medicina y de la farmacología, pero también podríamos hablar de la artillería, quizás lo menos imaginable, habida cuenta de que la comparación se establece con el considerado mejor ejército del mundo de la época:

“Es preciso saber que, bajo el cielo abrasador y desecante de Castilla, no ha habido rueda del material de artillería que no haya sufrido antes o después su desensamblaje... Esta circunstancia nos ha hecho apreciar la superioridad

de las ruedas de la artillería española, que están rodeadas de un aro de hierro, sobre las nuestras... Esta diferencia de construcción, que hasta aquí había sido objeto de la crítica de los oficiales de artillería, les ha parecido, desde entonces, justificada por la necesidad más imperiosa⁴¹.

En definitiva, que a trancas y barrancas, la Guardia Imperial pudo finalmente abandonar Madrid sin dejar en la capital española ni a uno sólo de sus componentes, siempre según nuestro cirujano.

Una Guardia Imperial que en 1808 tenía sobre nuestro país 15.392 hombres. Nueve mil seis eran de infantería, repartidos entre Granaderos de la vieja guardia, Cazadores de la vieja guardia, Veteranos de la vieja guardia, Marineros—matelots—de la vieja guardia, Fusileros granaderos de la joven guardia, y Fusileros cazadores de la joven guardia.

Por la caballería otros cinco mil trescientos cuarenta, entre Granaderos, Vélites granaderos, Cazadores, Vélites cazadores, Mamelucos, Gendarmaría de élite, Dragones, Vélites dragones y Lanceros polacos.

A ellos deben ser sumados los novecientos componentes de la artillería, con un regimiento de a pie y otro de a caballo; y finalmente el personal del *Hôpital de la Garde*, es decir aquel que tenía a su cargo la salud de la Guardia, Larrey y los suyos. Veinte personas para todos: un sanitario por cada 770 soldados⁴².

Nuevamente en Madrid (8 de diciembre de 1808).

Cuando el ejército que se retiraba de Madrid llegó a Bur-

gos, se encontró con el que victoriosamente bajaba de Bayona al mando del general Bessières. Las tropas de la Guardia Imperial recibieron orden de unirse a él y Larrey, por tanto, quedó ligado nuevamente a la ciudad del Cid y a sus contornos.

José Bonaparte eligió por cuartel general Miranda, lo que llevó a los franceses a establecer sus campamentos en la orilla derecha del Ebro. La retaguardia de Bessières tomó posiciones entre Pancorbo y Briviesca y con ella vivió el cirujano algún tiempo, más dedicado a las delicias de viajar que a la guerra. Escribe: “aproveché este momento de reposo para reunir las observaciones que había hecho... sobre la constitución física de los habitantes de las dos Castillas (verdaderos españoles)”.

Es una larga perorata, en la que cuenta a sus paisanos galos lo que son el cisco y los braseros, las basquiñas, las mantillas, las espardeñas—spartagnes—, las monteras y los garbanzos... los usos y costumbres de los hombre y mujeres más bien diminutos: “Los hombres tienen raramente más de cinco pies y una o dos pulgadas (un metro sesenta y cuatro a sesenta y siete centímetros); y las mujeres, generalmente muy pequeñas, no sobrepasan casi nunca la estatura de cuatro pies y dos o tres pulgadas (un metro treinta y cuatro a treinta y siete centímetros)”⁴³, que poblaban Miranda de Ebro y sus alrededores.

Tan pequeños como orgullosos: “La fisionomía de los castellanos es severa; su mirada es aterradora cuando se entregan a arrebatos de cólera, a los cuales están muy sujetos. Su carácter es vivo, petu-

lante y susceptible de arrebatarse a la más ligera ocasión. Tienen un amor propio excesivo y un espíritu de independencia llevado hasta el último grado. Adoran la inactividad, el reposo, y prefieren las privaciones al bienestar cuando hay que procurárselo a costa de un trabajo penoso y sostenido. Soportan con resignación la mala fortuna”.

Explica que la pequeña talla de los habitantes del interior peninsular está condicionada por la dieta, casi carente de carne, a la que achaca también su corta esperanza de vida: “se les ve raramente pasar de los setenta... En general los españoles, pero sobre todo los castellanos, tienen ingenio natural, exactitud en el razonamiento y una gran aptitud para el estudio de las ciencias y de las artes mecánicas. Tienen una alta idea de su origen—las famosas merindades—y se creen de una raza superior a la de los otros pueblos; estos sentimientos contribuyen a animarlos a todos con un espíritu nacional que inspira en ellos el amor por la patria y excita su bravura y perseverancia en los sacrificios”. Sigue luego con los lugares comunes del por qué un pueblo tan dotado se ha quedado tan atrasado: la religión, la inquisición...

⁴⁰ Las cifras se refieren únicamente a la Guardia Imperial.

⁴¹ Boulart. *Mémoires militaires du général B. on Boulart sur les guerres de la République et de l'Empire*. París: Librairie Illustrée, 1892; pag. 195.

⁴² Datos extraídos de la *Histoire anecdotique, politique et militaire de la Garde Impériale* de Emile Marco de Saint-Hilaire, pag. 278.

⁴³ *Mémoires*, III, pag. 236.

Los acontecimientos de la guerra cortaron sus reflexiones. Las tropas volvían a ponerse en marcha y las suyas se dirigieron a Haro, desde donde pasó a Logroño y Calahorra antes de retornar nuevamente a las posiciones de Miranda.

Sublevado Bilbao, allí acudió a expulsar a un enemigo que no opuso resistencia. Luego nuevamente Vitoria, donde tuvo ya tiempo de organizar un verdadero cuerpo de ambulancias: “Se compró un número suficiente de mulas guarnecidas de albardas para llevar las cajas de aparatos de cura, instrumentos de cirugía y medicamentos a cualquier lugar que la división llegase. Los pequeños carros de Vizcaya, que escalan las montañas y pasan por todos los desfiladeros, debían ser consagrados al transporte de heridos, como los medios más acomodados al país”.

En Vitoria seguía, en Octubre de 1808, cuando Napoleón llegó a la ciudad vasca con la intención de resolver de una vez por todas el problema español. El Inspector General Percy, que acompañaba al emperador, le desplazó de los puestos que hasta entonces había desempeñado y Larrey regresó al mero cuidado de la Guardia, después de haber rendido cuenta de su actuación al rey José. Una relación de méritos en la que consta que él había sido el encargado de atender al duque de Montebello cuando fue aplastado en una caída por su caballo, en Mondragón, empleando la ingeniosa cura que recordaba habían practicado los esquimales de Terranova, cuando su campaña del bacalao, con los naufragos de La Vigilante.

La llegada del emperador le hizo entrar de nuevo en campaña, contra Burgos, donde estaban las vanguardias españolas.

En la ciudad castellana asistió a los heridos de la batalla de Gamonal, un episodio en el que los castellanos, según él, opusieron tenaz resistencia, dejando un campo lleno de muertos y moribundos. Los franceses, siempre también según sus palabras, recogieron a todos los heridos sin distinción de nacionalidad, innumerables españoles y setenta franceses. El cirujano mayor Rosel, del 4º de infantería ligera, le adelantó trabajo procediendo a amputar sobre el terreno los miembros de quienes le parecieron pertinentes “con ese discernimiento que da la experiencia consumada”⁴⁴. Larrey instaló de inmediato a los heridos en los hospitales burgaleses, teniendo cuidado de poner por separado a españoles y franceses.

Reestablecido el dominio de Burgos, las tropas de Napoleón continuaron hacia el Sur, siendo nuestro cirujano puesto a disposición de la vanguardia, comandada por el general Savary, lo que le significaba estar a cargo de la salud de los fusileros de la Guardia, de una parte de su artillería volante y de la división de caballería ligera del general Lasalle.

Con ellos llegó a Boceguillas, en Segovia, población situada a la entrada del desfiladero de Somosierra por el lado Norte. Allí se enteraron de que unos seis mil españoles ocupaban las alturas de Sepúlveda y un grupo aún más numeroso el propio desfiladero. Reunido el Estado Mayor, decidió atacar primero a los de Sepúlveda, como en efecto hizo, aun-

que todo quedó en un combate menor en el que las bajas francesas se redujeron a una treintena de heridos. Bajas que Larrey curó en el campo de batalla, después envió a Boceguillas y desde allí, empleando sus ambulancias, a Burgos.

La siguiente acción fue la llamada batalla de Somosierra: “La victoria fue, es la verdad, adquirida a costa de la sangre de muchos de los bravos soldados que iban en primera línea. Este acontecimiento debe ser visto como uno de los más hermosos hechos de armas de la guerra. Todos los heridos de la brillante jornada fueron curados y operados sobre los bordes del escarpado camino de montaña. Los coches de nuestra ambulancia los condujeron después a Buitrago y de allí a San Martín, cerca de Madrid”.

Rendida Madrid por Napoleón, Larrey entró en la población el 8 de diciembre⁴⁵ y permaneció en ella hasta el 22, fecha en que salió con rumbo nuevamente hacia el Norte.

El paso de Guadarrama

Dentro de los sucesos que tuvieron lugar en el territorio de Castilla y León durante la Guerra de la Independencia, hay uno que generalmente no tienen en cuenta los historiadores españoles, pero quedó grabado en la mente de toda la Grande Armée napoleónica. Un episodio épico para quienes hicieron la guerra peninsular y acompañaron al emperador. Un nuevo paso de los Alpes, días 23 y 24 de diciembre de 1808, con salida de Madrid y llegada a Villacastín.

Cada uno lo cuenta a su manera. Larrey, así: “Ya había-

mos visto, al pie de estas montañas, que el mercurio había bajado, en el termómetro de Reaumur, a nueve grados bajo cero. Los vientos venían del Norte, los días previos había caído una gran nevada y así, a medida que ascendíamos por la montaña, el frío, ya muy vivo, aumentaba sensible y progresivamente, hasta el punto que hombres y animales perdían el equilibrio y caían sobre el camino y muchos eran arrastrados pendiente abajo por aludes de hielo y nieve. Algunos, paralizados por el frío, se quedaban en los bordes del camino sin poder levantarse. La artillería volante y la caballería se vieron obligadas a parar en medio de la montaña... En esta penosa situación, fue incluso difícil hallar madera. Cuando se encontraron los medios de encender algunos fuegos de vivac, estos fueron más nocivos que útiles a nuestros soldados. En efecto, todos los que expusieron bruscamente sus pies y sus manos a la acción del fuego, fueron afectados casi al instante por gangrena de congelación más o menos profunda...”.

Saint-Hilaire: “El emperador partió al día siguiente por la mañana, víspera de Navidad. Hacía bueno al salir, pero al llegar al pie de la montaña encontró el camino ocupado por una gran columna de infantería que ascendía lentamente la cordillera... Delante de esta infantería había un

⁴⁴ *Ibidem*, pag. 247.

⁴⁵ *La France littéraire, ou dictionnaire bibliographique des savants...* vol. 4, París: Fermin Didot frères, 1830; pag. 579.

convoy de artillería que se había dado la vuelta, porque una tempestad de nieve, acompañada de un viento horroroso, hacía imposible el paso; había tanta oscuridad como al final del día. Los lugareños previnieron a nuestras tropas que podían ser sepultadas por la nieve, como había ocurrido otras veces. Los soldados no recordaban haber padecido un frío semejante ni en Polonia –todavía no había llegado la campaña rusa–; sin embargo Napoleón... dio orden de que se le siguiese y se puso él mismo al frente de la columna...”.

Un Napoleón que, en carta dirigida a su hermano José, Villacastín, 23 de diciembre, lo reduce a: “Hermano mío, he pasado el Guadarrama con parte de mi Guardia y con un tiempo bastante desagradable. Mi Guardia dormirá esta noche en Villacastín”.

Pero el capitán Coignet, en nombre de los que no eran napoleones, insiste: “llegamos al pie de una montaña formidable, con tanta nieve como el San Bernardo. Tuviémos que franquearlo con penalidades inauditas. Antes de llegar al terrible paso fuimos sorprendidos por una tempestad que nos volteaba. No nos veíamos. Teníamos que apoyarnos los unos en los otros...”.

Pero Napoleón era Napoleón. Coignet concluye: “Había que tener un emperador a quien seguir, como el nuestro, para resistir aquello”. Y la Grande Armée resistió.

Persiguiendo a los ingleses

Llegado al otro lado de las montañas, Larrey vio abrirse ante él una llanura inmensa

que tampoco dejó de crearle problemas: un deshielo acompañado de lluvias abundantes sucedió al frío, haciendo penoso el camino desde las tierras segovianas hasta Medina del Campo, donde la Guardia paró para reponerse antes de proseguir hacia Rioseco y Benavente: “Las lluvias continuas y los terrenos fangosos, donde parte de los carros del equipaje se habían atascado, hicieron esta marcha muy penosa; más cuando en las poblaciones donde parábamos a descansar no encontrábamos ni paja para acostarnos, ni leña para secarnos”.

Napoleón había ordenado a las tropas que acompañaban a Larrey atacar a los ingleses, pero, por culpa de los barro, cuando quisieron entrar en contacto con ellos, en Benavente, ya era tarde; solamente quedaba allí su retaguardia, que tras un breve combate, se retiró hacia La Coruña.

Los heridos franceses en la batalla de Benavente fueron setenta, curados en el mismo campo de batalla por los cirujanos adscritos a sus cuerpos. Larrey los reunió al día siguiente por la mañana en un hospital que creó en dicha villa zamorana –“un hôpital de la ville, que je formai exclusivement pour la garde impériale”–, comprobando que casi todos presentaban heridas de arma blanca, extensas y profundas, es decir cortes de sable; con ellos intentó una cura novedosa, una “nouvelle opération” consistente en una sutura entrecortada, seguida de un vendaje “méthodiquement fait”⁴⁶.

Una nueva técnica exige pruebas de sus ventajas y Larrey las aporta con los nombres y las curas hechas a algunos

de los mencionados heridos de Benavente: le sieur d'Août, capitán de los mamelucos, alcanzado por varios sablazos en la cabeza y el brazo izquierdo; Ibrahim, mameluco, alcanzado por un tiro de pistola en la rodilla; Gabriel Sauvages, cazador a caballo, con un sablazo en el codo izquierdo, que obligó a amputarle el miembro; le sieur Gardel, cazador velite, perdida parte de la cara, con un aspecto horrible; el cazador Philippe Thévenin, con otro sablazo en la cara; Pierre Leclerc, perdida la nariz; Jerdet y Lejuste, cazadores, “la nariz cortada desde la raíz a la base y con la misma extensión”, François Bernard, dragón de la Guardia, sablazo en la región inguinal derecha; Rivière Brocard, con un sablazo en la cabeza que le había cortado desde la espina occipital hasta el orificio de la oreja; François Auguste, marichal de logis de los artilleros a caballo de la Guardia, con un tiro de mosquete que le atravesaba los músculos extensores de la cabeza; y René Bigot, “cazador a caballo, de una fuerte constitución y muy apasionado por las mujeres”, se le veía el lóbulo derecho del cerebro a través de la herida que le habían hecho en la cabeza y su evolución fue notable: “Desde los primeros días el enfermo perdió la vista y el oído del lado derecho. Al mismo tiempo experimentaba vivos dolores en todo el trayecto de la espina dorsal y una especie de hormigueo en los testículos, los cuales se redujeron, en menos de quince días, al volumen de una lenteja de agua. Mucho antes perdió el gusto por el recuerdo de los placeres que había experimentado con un gran número de mujeres”.

Poco después los heridos de Benavente fueron trasladados en ambulancias a Valladolid, ciudad que se convirtió a partir de entonces en el centro de recepción y atención de enfermos y heridos de la Guardia. A orillas del Pisuegra, 7 de febrero de 1809, murió Bigot, el cazador que había perdido el gusto por las mujeres, treinta y nueve días después de haber sido herido.

Napoleón escribió a la emperatriz Josefina lo que había sucedido para tener que ocuparse de los heridos arriba nombrados, en carta fechada en la propia Benavente el 31 de diciembre: “Lefebvre ha caído prisionero. Se me ha metido en una escaramuza con 300 cazadores; los cabezas locas han vadeado un río –el Esla– y se han echado en medio de la caballería inglesa. Han matado a muchos, pero, a la vuelta, han herido el caballo de Lefebvre. Se ahogaba. La corriente le ha llevado a la orilla donde estaban los ingleses y le han cogido prisionero. Consuela a su mujer”; en otra carta del mismo día a su hermano José precisa: “Este negocio me ha costado sesenta de mis cazadores, heridos, muertos o hechos prisioneros. Sabéis cuanto me desagrada esto”.

La campaña contra los ingleses continuó. Tras ellos, Larrey recorrió Astorga y las montañas de Asturias, para regresar nuevamente a Benavente y desde allí a Valladolid, pasando por Rioseco.

⁴⁶ *Ibidem*, pag. 254.

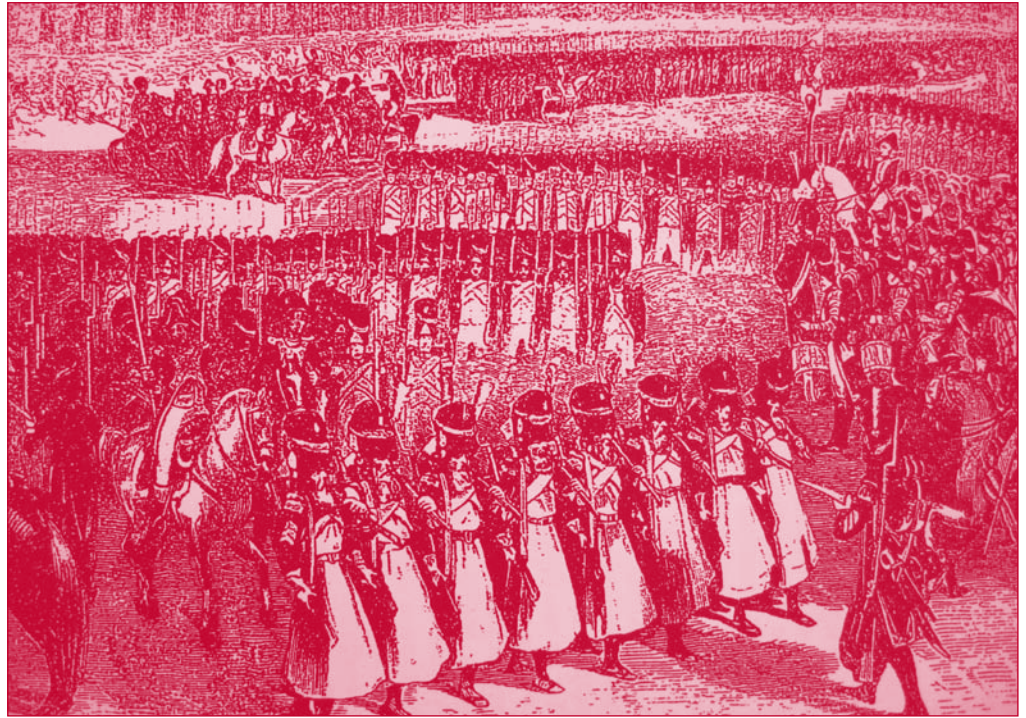
Larrey en Valladolid

Valladolid fue la última población española en la que Larrey desarrolló sus ideas sobre hospitales militares y ambulancias.

Su pluma ágil nos sirve para entender con claridad lo que eran la medicina y la cirugía militares de comienzos del XIX: su personal, sus problemas logísticos y administrativos y sus patologías.

Escribe así⁴⁷: “A mi llegada a Valladolid, tomé las disposiciones necesarias para recibir a nuestros heridos. Al margen de mis funciones de Cirujano Jefe de la Guardia, fui encargado provisionalmente de las de Inspector General de todos los hospitales de línea establecidos en dicha ciudad. La vigilancia y el tratamiento de los enfermos ingleses se encontraba entre mis atribuciones, y esta parte de mi servicio fue sin duda la más difícil de cumplir. Las fatigas, el frío y la humedad que estos prisioneros habían sufrido atravesando las montañas de Asturias, las privaciones que habían padecido, y la nostalgia de que solían estar generalmente afectados, hicieron que se desarrollase entre ellos la fiebre de hospital, que al llegar yo estaba tomando ya un carácter contagioso; y si no me hubiese apresurado a aislar de nuestras tropas a los ingleses enfermos, e incluso a los que parecían sanos, la epidemia se habría extendido por todos los hospitales y por todas las casas de Valladolid.

Los prisioneros enfermos fueron pues reunidos en un hospital aislado y se consagró para el alojamiento de los ingleses en buena salud un cuartel espacioso y bien aireado,



Gran parada. Napoleón asistió a una en Valladolid

situado fuera de la ciudad. Dirigí personalmente el tratamiento de los primeros, y tracé algunas medidas de higiene para los segundos, obteniendo, además, para ellos, con el beneplácito de su excelencia el Mariscal Gobernador, capotes, zapatos y camisas, de lo que estaban en gran necesidad. El barón Denzel, Comandante General de prisioneros, les mostró un interés especial y les prodigó socorros que seguramente conservarán en la memoria.

Citaremos honrosamente también, en esta ocasión, al Director General de hospitales, M. Gubert, que no temió acompañarme en las visitas diarias que hacía a su hospital. Este administrador ha cumplido sus obligaciones en Valladolid con tanto y celo y desinterés como había puesto antes en Egipto.

En los primeros días de llegada de prisioneros ingleses, perdimos mucho número de enfermos de esta nación y de la nuestra, debido a que los ingleses habían sido reci-

bidos indistintamente en todos los hospitales; pero como consecuencia de las medidas sanitarias que fueron adoptadas, la enfermedad disminuyó de intensidad y sus efectos se disiparon gradualmente. El cambio de vientos y de estación contribuyó sin duda a detener el progreso de esta epidemia.

La excelente quina y el buen vino que nos proporcionaron los agentes españoles nos fueron también de gran socorro para la curación de los enfermos franceses e ingleses”.

La atención a los británicos es constantemente señalada por los biógrafos de Larrey como rasgo sublime de su generosidad: “En Valladolid solicitó la creación de un hospital dedicado al enemigo, sobre todo debido a la aparición de una epidemia de tifus que alcanzó a los prisioneros y a la población”⁴⁸

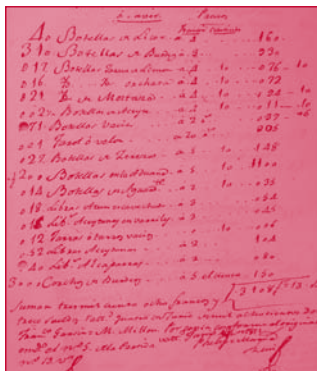
Más allá, después de extenderse sobre algunas curas hechas a enemigos, prosigue: “Siendo Valladolid lugar de reunión y paso de tropas y

enfermos, nos vimos obligados a multiplicar el número de hospitales y a pesar de dicho aumento estaban provistos de todo lo que era necesario y todo género de servicios se hacía en ellos bien. Debimos sobre todo a la solicitud del Duque de Istria –Bessières– el mejoramiento de estos hospitales y los socorros materiales que nuestros enfermos encontraron en ellos según sus necesidades”. Sánchez Fernández, en el capítulo que dedica a los hospitales militares franceses, comienza precisamente así: “Dentro del papel que el mando imperial confirió a Valladolid, estaba el de hospital militar, en razón del tránsito y acantonamiento de tropas”⁴⁹.

En efecto, parece que medio Valladolid fue hospital en los años de la guerra. Hospitales franceses eran el Gene-

⁴⁷ *Memorias*, III, págs. 266-272.

⁴⁸ *La France littéraire, ou dictionnaire bibliographique des savants...* vol. 4, París: Fermin Didot frères, 1830; pag. 579.



Licores de una café francés en Valladolid

498		TABLE	
HISTOIRE CAMPAGNE D'ESPAGNE.			
Combat de la Sierra Sierra.		Pages	
Capitulation de Madrid.		248	
Passage de la Guadarrama.		250	
Combat de Benavente contre l'arrière-garde de l'armée anglaise.		251	
Observations sur les blessures qui produisirent ce combat.		253	
Disposition faite à Valladolid pour recevoir les blessés.		255	
Moyens pris pour préserver les hôpitaux et les maisons particulières de la ville, d'une maladie épidémique qui s'était déclarée parmi les prisonniers anglais.		267	
Traitement employé contre cette maladie.		268	
Bataille de la garde impériale en France.		271	
CAMPAGNE D'ALLEMAGNE.			
Entrée en Allemagne; marche sur Fianco.		274	
Rédaction de votre ville.		276	
Passage du Danube.		282	
Bataille d'Altenburg.		283	
La mortalité due de Mansfeld blessé mortellement par un boulet de fer saillant.		273	
Pensées des blessés sur le rive gauche du dernier bras du Danube, et successivement dans l'île de Lobau.		286	
Lour dévotion sur Elsterdorf et Fianco.		288	
Complications graves qui précéderent les plaines d'An			

Hospitales de Valladolid

ral el 5 de diciembre de 1809, cuando murió en él el fusilero Jacques Frahaut, del 122 de infantería de línea, de diarrea, desalojado de paisanos españoles a partir de 1812; el de Esgueva, el monasterio del Carmen calzado⁵⁰ y el de Prado desde 1809, después de haber sido incautado por Bessières⁵¹; en él, en 1811, se hizo la partida de defunción del cazador del 2º de infantería ligera Constant Breucq; también el de San Juan de Dios, los conventos de San Francisco, San Norberto y la Merced descalza, la hospedería de los santos mártires Cosme y Damián, la Casa de Aprobación de la Compañía de Jesús, el palacio del conde de Polentinos, San Juan de Letrán, el colegio de San Ambrosio de la Compañía y el monasterio



Larrey ante Napoleón

de los Agustinos Filipinos. Sánchez habla de Larrey y de su labor frívolamente: “Con la incursión en Castilla del Ejército de Napoleón en persecución de Moore, allá por diciembre de 1808-enero de 1809, que comporta la presencia en la región de importantes contingentes armados, comienza a organizarse la red hospitalaria, de momento inmersa en el caos improvisativo. Fue entonces cuando aquí ejercieron los más floridos matasanos del Imperio, el barón Percy y el, a la sazón también título imperial, barón Larrey y su patentado tajo que responde al técnico y feo nombre de desarticulación escapulohumeral...⁵². Una de las cosas más inseguras de las guerras son las cifras, pero algunas que nos han llegado hablan de 14.000 franceses muertos y enterrados en Valladolid el año 1809 y de 12 a 15 diarios por hospital: “En el hospital, en donde han reunido de varios puntos cerca de unos 2.000 en-

fermos, mueren diariamente de 15 a 20, más de necesidad que de otra cosa. Los que han llegado estos días -6 de marzo de 1809- han sido trasladados a Burgos, en donde les espera igual suerte, si es que llegan⁵³. Finalmente volvió a llegar la orden de marcha: “Habiendo recibido la Guardia Imperial aviso de su regreso a Francia, cesé en mis funciones de Inspector de los hospitales del ejército, después de haber informado a mi colega Percy, que estaba en Madrid, y con quien había tenido el cuidado de cartearme, de mis trabajos y de la situación favorable en que dejaba los hospitales vallisoletanos”; un informe que hizo extensivo al mariscal Bessières. Regresó a Francia enfermo: “Acababa de culminar una tarea penosa y difícil; de modo que, extenuado por la fatiga, y muy debilitado por una afección catarral que se me había iniciado durante la campaña de Benavente y que

yo atribuía al vadeo de varios ríos, a la nieve, a las lluvias continuas y al frío que había experimentado, quedé predisposto a las enfermedades y contraje, por contagio de los ingleses, la fiebre nosocomial.

Con todo, después de tres días de enfermedad, tuve el coraje de ponerme de camino hacia Burgos, donde esperaba encontrar a la Guardia, salida de Valladolid hacía dos días. Pero el delirio se apoderó de mí en el camino y habría parecido en él de no haber sido por la ayuda vigilante y asidua de mi discípulo Alexis Larrey, mi primo, un joven inteligente que ofrece ya grandes esperanzas.

Al llegar a Burgos, había perdido totalmente el uso de mis sentidos y todas mis fuerzas. La enfermedad continuó haciendo progresos nueve o diez días y estuve en algunos momentos en el mayor peligro.

Siempre conservaré en el recuerdo los atentos cuidados que el cirujano jefe Beaumarchef y el doctor Maisonade, médico de Burgos, me prodigaron en esta circunstancia. Aproveché los primeros momentos de mi convalecencia para hacerme transportar hasta el seno de mi familia en París, donde llegué penosamente”.

Pero todavía vivió más de treinta años.

⁴⁹ Sánchez Fernández, Jorge. Valladolid durante la Guerra de la Independencia española (1808-1814). Tesis doctoral. Universidad de Valladolid, 2002; pag. 482.
⁵⁰ Sánchez, o.c., pag. 482.
⁵¹ Ibidem, pag. 482.
⁵² Ibidem, pag. 483.
⁵³ Ibidem, pag. 484, tomado de la Gaceta de la Regencia de las Españas.

NOTICIAS MEDICINA & HISTORIA

Biblioteca

De D^a Montserrat Mira hemos recibido, entre un gran número de separatas y revistas, los siguientes libros de su padre, el psiquiatra Emilio Mira y López (1896-1964) correspondientes a la época de su exilio sudamericano:

“O pensamento. O que é o como se desenvolve; quais as leis que o controlan; quais as doutrinas psicológicas que mellor o explican”. Río de Janeiro, 1944

“Problemas psicológicos actuales”. Buenos Aires, 1947

“Cómo estudiar y cómo aprender”. Buenos Aires, 1948

“Manual de Psicoterapia. Tradução brasileira. 2^a tiragem. Río de Janeiro, 1949

“Guía de la salud mental. Normas prácticas de higiene psíquica”. Buenos Aires, 1956

“Psiquiatría”, 4^a edição. I, Psicología medica e psicopatología. II y III Psiquiatria clinica. Río de Janeiro, 1956

“Factores psicológicos de la productividad”. Buenos Aires, 1961

“Doctrinas psicoanalíticas. Exposición y valoración crítica”. Buenos Aires, 1963

“Psicología da vida moderna. A vida e o psicólogo”, Río de Janeiro, 1964

“A escola dos pais. Principios e normas que todos os pais devem saber e praticar para formar filhos sadios, capazes, honestos, serenos e altivos”. Río de Janeiro, 1964

“Cuatro gigantes del alma. El miedo. La ira. El amor. El deber. 13^a edición. Buenos Aires, 1968

“El niño que no aprende”. Cuarta edición, quinta impresión. Buenos Aires, 1972

“Psicología evolutiva del niño y del adolescente”, 19^a edición. Buenos Aires, 1981

XXXIX Premio Fundación Uriach de Historia de la Medicina

El 19 de diciembre pasado tuvo lugar la reunión del Jurado que debía otorgar el XXXIX Premio de Historia de la Medicina correspondiente a 2008, cuya relación de trabajos recibidos apareció en el número anterior de esta revista.

Constituido por los profesores Jon Arrizabalaga Valbuena, Pedro Gil Sotres, Rafael Huertas García-Alejo, Xavier Sorní Esteva y José Danon Bretos, que actuaba como secretario del acto, y dado que todos los originales presentados se adaptaban a las Bases de la convocatoria, tras una

serie de votaciones eliminatorias alcanzaron la fase final los trabajos titulados: “La Administración sanitaria española frente a las enfermedades infecciosas. Del Instituto Nacional de Higiene Alfonso XIII (1899) al Instituto Nacional de Salud (1934) y “El Tratado de Embriología Sagrada (1848) de Riesco Le-Grand: un libro de Bioética en el contexto científico del siglo XIX”, ante los cuales y por unanimidad se acordó declarar desierta su adjudicación. Tras el veredicto, el secretario procedió a la destrucción de todos los originales y plicas presentados.

Finalizado el acto, la Fundación Uriach 1838 convocó la XL edición del Premio, iniciado en 1969, con una dotación de 3.000 €. Las Bases, iguales a las de la anterior convocatoria, serán publicadas en el próximo número de *Medicina e Historia*.

Congresos

El pasado mes de junio se desarrollaron en la Universidad de Granada las sesiones del XIV Congreso de la Sociedad Española de Historia de la Medicina, cuyo Comité científico había adoptado el lema de *La experiencia de enfermar en perspectiva histó-*

rica. Coordinado por la profesora Teresa Ortiz junto con la colaboración de todo el Departamento de Historia de la Medicina de aquella Universidad, el Comité Científico aceptó un total de 109 comunicaciones repartidas entre las de temática oficial y las tradicionales comunicaciones libres, en una gran proporción procedentes de países sudamericanos.

Una grata sorpresa fue la distribución de unos extensos resúmenes de las comunicaciones, con la bibliografía correspondiente, compaginando un volumen de 522 páginas (ISBN: 978-84-338-4858-1).

